

CRÓNICA

RELOJES DE REYES EN LA CORTE ESPAÑOLA DEL SIGLO XVIII LA MEDIDA DEL TIEMPO

Madrid, Palacio Real, 25 de octubre de 2011 al 15 enero de 2012

Comisariada por Amelia Aranda Huete, conservadora del Patrimonio Nacional y especialista en esta materia, esta soberbia muestra presenta por primera vez los magníficos fondos de relojes reunidos a lo largo del siglo XVIII y que el Patrimonio Nacional conserva en espacios privados del palacio madrileño y en otros sitios reales. Completada la documentación de muchos de ellos por Amelia Aranda, las circunstancias de la fabricación y adquisición de otros permanecen aún ignoradas, como precisamente la del Atlas de Breguet que abre la exposición.

La exposición comienza simbólicamente con una de las principales piezas de la colección real, el planetario atlas de Breguet y concluye con otro reloj planetario, el de Raingo, conservado en la Casa del Labrador.

Con acierto, un audiovisual introduce la exposición para mostrar el movimiento de los relojes autómatas, sin el cual difícilmente se entenderían algunas de las más famosas piezas, las cuales, por razones de conservación, no se muestran en movimiento.

Si en la primera sala, centrada por un precioso reloj de bolsillo de mediados del siglo XVII, con miniaturas representando a miembros de la familia de Felipe IV, propiedad del rey don Juan Carlos, se muestran las excepcionales y rarísimas piezas conservadas, la segunda ha tenido que forzar la línea expositiva, colocándolos individualmente en compartimentos y para cohesionar su exposición, desposeídos de sus protectores habituales, fanales o urnas, muchas de ellas de innegable valor artístico. De las tres, solo la fila central es accesible por ambos lados pudiendo contemplarse los reversos.

A la primera época, reinado de Felipe V, corresponden dos brackets de sobremesa cuyas cajas lacadas aún están por investigar, y el excepcional reloj astronómico denominado “de las cuatro fachadas” producido por el jesuita Hildeyard fechado en 1725, del que se conservan y se exponen los grabados coetáneos.

Algunos de ellos documentan regalos regios como el Ellicott, del que se conserva una pareja, y que aparece ilustrando un retrato de don Francisco de Asís, esposo de Isabel II en el salón del trono del Palacio.

Se expone el primer reloj automático de la firma suiza Jaquet-Droz de Neûchatel, origen de todas las fábricas suizas a partir de entonces, del que se conserva incluso la memoria de su transporte hasta la Corte, recientemente publicada¹.

¹ A. ARANDA, “El transporte de relojes en la corte española del siglo XVIII”, en *El arte y el viaje*. XV Jornadas Internacionales de Historia del Arte. CSIC 1910, publicado en la Biblioteca de Historia del Arte n.º 19, CSIC, Madrid, pp. 571-579.

Junto a los relojes se expone un reducido número de instrumentos científicos: un barómetro fabricado por un relojero de cámara, natural de Lieja, Francisco Nizet y otros exponentes de las dos escuelas de relojería existentes en Madrid, la de los Charost en la calle Barquillo, el reloj de sobremesa conocido como la Lectura de Imbert fechado en 1771, uno de los primeros de este tipo, o el regulador de la escuela de la calle Fuencarral cuya maquinaria se halla incluida en el péndulo.

La segunda sala dedicada a Carlos IV presenta en tres hileras, los tres momentos que caracterizan el afán coleccionista de Carlos IV: sus adquisiciones como príncipe de Asturias, ya como rey y los descritos/procedentes de la testamentaria, desde el reloj esqueleto realizado por el único español, Manuel Gutiérrez, los enviados por Godon a partir de 1789 todos documentados, unos con esferas sencillas y otras firmadas por el mismo Godon (*núm. 10*), relojes de decoración destinados a consolas o chimeneas, realizados en bronce dorado y mármoles como los de Ceres o Demeter, de Aranjuez, o el de Apolo, el precioso pórtico firmado por Lepine, o el de los signos del zodiaco con esmaltes o el regulador de Bourdier, conservado en la Casa del Príncipe de El Escorial. En los extremos de dos filas se exponen el velador procedente del despacho oficial de El Pardo junto con el que el reloj está incluido en el tablero, ambos decorados con en cristal eglomisé, realizados ya en 1800 siguiendo los diseño de Dugourc, como publicó en su día Juan José Junquera. En esta misma fila se hallan los dos jarrones autómatas, de Jean François de Belle, habitualmente situados en el salón de Carlos III, que al abrirse muestran *la fragua de Vulcano* y *la Barca de Caronte*, figuras que previamente se había podido contemplar en movimiento en el vídeo introductor de la muestra. A este mismo momento ya en el periodo del Directorio comienzan a aparecer algunos temas sociales como el del porteador, incipiente alegato contra la esclavitud o la jaula para la Casa del Príncipe de 1779, cuya esfera va colocada debajo de la misma y los pájaros cantan en las horas, estudiado por nuestro desaparecido compañero Carlos Gómez Centurión.

Una mayor regularidad se observa en la serie –la última fila– documentada por la testamentaria, relojes de gabinete, pequeños, todos franceses, comprados por Carlos IV en sus exilios, en Marsella, en Compiègne, algunos con compleja iconografía, como el denominado “la modestia”. La serie se completa con alguno procedente de otras colecciones reales como el barco con el Tiempo viejo conduciendo al Tiempo joven que aparece documentado en la testamentaria del infante don Antonio Pascual y cerrando la exposición el emblemático planetario de Raingo de la Casa del Labrador citado al principio de esta crónica.

Acompaña la muestra un catálogo-estudio, estructurado por reinados, siguiendo en cada uno de ellos las adquisiciones de los monarcas en sus diferentes etapas. Incluyendo una descripción pormenorizada de las colecciones mencionadas en las testamentarias de los reyes y de las reinas. En cada capítulo se incluye además la actividad de los relojeros de cámara, de los proveedores esenciales como Godon y dedicando un buen número de páginas a las vicisitudes de la instalación de las reales fábricas de relojería en el periodo de Carlos III, con abundancia de documentos y recogiendo toda la bibliografía existente.

En todos los capítulos se abren subapartados con las peculiaridades coleccionistas de cada monarca, como la de los relojes de bolsillo y bastones de Fernando VI o los de María Luisa, muy resaltada su actividad coleccionista. Esta exhaustiva documentación resalta el interés de los monarcas por unos objetos, que, al pertenecer a las colecciones privadas de los mismos, no se conservan entre los fondos del Patrimonio Nacional y por tanto no forman parte de la exposición.

Todo ello se complementa en un CD adjunto en el que se incluye la transcripción literal de las testamentarias, junto con el catálogo con las 116 piezas expuestas y el listado y biografías de todos los relojeros.

Los relojes del Patrimonio Nacional merecían sin duda hace años esta exposición. Merecían un espacio más lujoso, más publicidad y mayor duración de la muestra, para poder deleitarnos con una de las más cuidadas y exquisitas colecciones que conformaron los gustos de las personas reales.

MARÍA PAZ AGUILÓ
Instituto de Historia, CCHS, CSIC